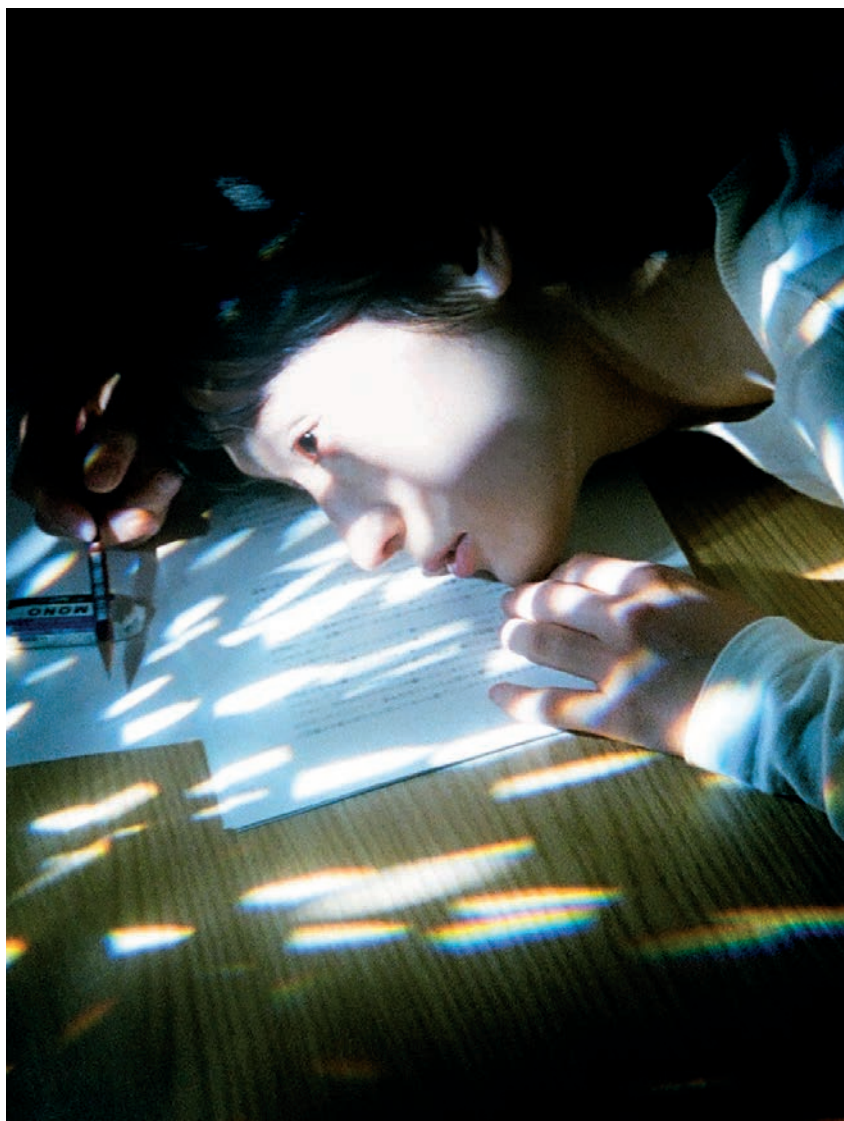




Seix Barral

Mieko Kawakami

Los amantes de la noche





Seix Barral Biblioteca Formentor

Mieko Kawakami

Los amantes de la noche

Traducción del japonés por
Lourdes Porta

1

—¿Ya han llegado las cajas de cartón?

Hijiri Ishikawa me llamó justo cuando yo acababa de terminar el trabajo de la mañana y estaba llenando una olla de agua para hacerme un plato rápido de espaguetis para almorzar.

—Sí. Anoche. Pero aún no he podido abrirlas.

Después de poner la olla al fuego, cogí con la mano izquierda el móvil, que estaba sosteniendo entre el hombro y la barbilla, volví a la habitación, me puse en cuclillas delante de las dos cajas de cartón que habían llegado la noche anterior y empujé una, un poco, con la mano. No se movió ni un milímetro.

—Da igual. Aún no es necesario que las abras. Están llenas hasta los topes y todavía falta mucho para la fecha de entrega. Al menos esta vez tendrás tiempo de sobra, ¿eh?

—No pasa nada. Estoy acostumbrada, ya sabes —dije.

—Pues no sé, la verdad... —Hijiri habló en tono burlón—. Que hasta ahora hayas podido no quiere decir que hoy vaya a seguir siendo así, ¿no crees?

—Bueno, sí. Tienes razón. Pero, de momento, me las apaño —reí—. Aunque puede que lo piense porque todavía no he abierto las cajas.

—Ahora que lo dices, esa bibliografía... ¿Por qué siempre habrá tantos datos? ¿Es que esos no pueden escribir sin dar tantas referencias? No es nada nuevo, ya lo sé. Lo pienso siempre, pero es que esta vez se ha pasado. Casi todo son citas, ¿verdad? Lo de cosecha propia no llega a la mitad.

Oí cómo Hijiri reía entre dientes al otro lado de la línea.

—Pesaban tanto que me costó lo mío llevarlas a recepción. Llegué a preguntarme si el lumbago se considera un accidente laboral.

—¡Pobre! Pero ha sido una suerte haber conseguido todo el material, ¿no? Lo de tener todos los libros de consulta juntos parece un sueño.

Al oír mis palabras, Hijiri repuso: «Bueno, sí», y se rio.

—Tienes toda la razón —añadió—. Pero, aunque esté mal decirlo, eso es porque te lo he preparado yo.

En cuanto acabé de comerme los espaguetis, que había mezclado con salsa boloñesa precocinada y calentada, me eché el flequillo hacia atrás y me lo recogí con una cinta. Cogí un lápiz con la mano derecha. Tomé mi atril casero. (A la espera de comprarme uno decente, llevaba cuatro años usando de manera provisional un tablero grande, adquirido en una tienda de material de dibujo de Shinjuku, que recostaba contra un diccionario de griego y un libro de vocabulario que ya no utilizaba, apilados uno encima de otro.) Me apoyé el tablero en la barriga, como de costumbre. Clavé la vista en las galeradas dispuestas encima y empecé a perseguir las letras, una a una.

Cuando me siento algo cansada, hago rotar alternativamente la cabeza y los brazos para estirar los músculos. Luego me voy a la cocina, me preparo un té caliente y me lo bebo a sorbitos, despacio, con tiempo, mientras voy dejando que se enfríe.

Me siento con fuerzas de quedarme todo el tiempo necesario ante el escritorio, pero sé que, si no descanso cuando toca, puede pasármese algo por alto en cualquier momento, así que me impongo hacer una pausa cada dos horas. Después de ese rato de relajación, me acomodo de nuevo frente a la mesa. Y vuelta a empezar, una y otra vez.

A la izquierda de las galeradas tengo un cuadro sinóptico con un resumen de las relaciones personales, la estructura temporal y el argumento de la

obra, y voy comprobando si hay alguna incoherencia con las réplicas que los personajes van dando, una tras otra, con elocuencia (dicho sea de paso, en la novela que empecé a leer anteayer aparece un montón de gente en una trama que se extiende a lo largo de varios años). Y, como la acción se desarrolla en una gran mansión, también tengo a mano un plano del edificio.

El nombre de un corsé. Si las flores de la plumeria son blancas o no lo son. Si Charles Dickens es realmente Charles Dickens o no es él.

Siempre verifico los nombres propios y los hechos históricos por partida doble —con diccionarios y por internet—, y en cuanto detecto un posible fallo, lo reviso y lo compruebo una vez tras otra. Al mismo tiempo, voy buscando errores ortográficos y tipográficos y, tras anotar las correcciones en lápiz, les añado un signo de interrogación.

Muchas veces me encuentro con expresiones dudosas que me llevan de cabeza hasta el final. Cuando no logro dilucidar si el autor las ha escrito de manera intencionada, si forman parte o no de la personalidad del escritor, entonces consulto a Hijiri por correo electrónico. Y, cuando ni siquiera así estoy completamente segura, anoto la duda en letra pequeña para que sea el autor quien decida.

Hace tres años, a finales de abril, dejé la empresa donde había estado trabajando desde que salí de la universidad.

Era una editorial pequeña, de la que nadie había oído hablar, pese a tener un nombre de lo más pretencioso, que solo publicaba libros de esos que hacen que te preguntes quién diablos los lee. El trabajo de una editorial puede variar ligeramente según las dimensiones o la personalidad de cada una, pero reside básicamente en hacer libros y venderlos. Y, en todas ellas, uno de los pasos previos a la publicación de un libro consiste en leer y releer infinidad de veces los textos para comprobar si hay errores, usos incorrectos de las palabras, o si existe alguna confusión en los hechos narrados: en resumen, el trabajo de corrección. Y yo era una de las correctoras de aquella pequeña editorial.

Aunque medité muchísimo la decisión de dejar la empresa, ahora ya no tengo muy claro cuál fue la razón. Decir que lo hice porque estaba cansada de las relaciones personales en el trabajo puede sonar algo estúpido, pero creo que, en definitiva, fue por eso.

Desde niña he tenido tan poca confianza en mí misma que casi no soy capaz de mantener una conversación normal con la gente —ya no hablemos de salir a divertirme o de tener una relación con alguien, por supuesto—, y, como era de esperar, nunca logré acostumbrarme al ambiente de

una empresa pequeña. Al principio, mis compañeras me propusieron varias veces salir a comer o a tomar algo con ellas, pero, a medida que me negaba poniendo una excusa tras otra, fueron dejando de invitarme y, antes de que me diera cuenta, me habían dejado por completo de lado. No me dirigían la palabra a menos que fuera estrictamente necesario, y las cajas de dulces, con caramelos o galletas, que pasaban de mano en mano durante las horas de trabajo, empezaron a saltarse mi mesa. Si solo se hubiera tratado de hacerme el vacío, podría decirse que yo me lo había buscado, pero los silencios y las miradas fueron cargándose poco a poco de una frialdad sutilmente malévola, y a mí me fue resultando cada vez más pesado el simple hecho de ir a trabajar.

Me pasaba el día entero sin hablar con nadie, y de repente oía cómo, por una cosa u otra, cuchicheaban sobre mí. Algunas de mis compañeras de trabajo bromeaban o se reían de mí en la cara usando un argot inventado por ellas que se suponía que yo no iba a entender y, cuando aquello se convirtió en una costumbre, lo siguiente fue hacerme una serie de preguntas que nada tenían que ver con el trabajo. «¿No te casas?» «Ah, ¿y por qué no?» «¿Qué haces los días de fiesta?» Al responderles que me quedaba en casa, «¡Vaya! —se reían—. ¿Y qué vas a hacer con tanto dinero ahorrado?». Y, así, iban encadenando una pregunta con otra. Cuando me callaba porque no sabía qué responder, las otras

chicas, que no se perdían una palabra mientras mantenían los ojos clavados en el ordenador, se pasaban la lengua por los labios y soltaban una risita sofocada.

La que más preguntaba, tanto que parecía la representante del grupo, era una mujer que andaría por los cincuenta. Era una de esas personas que, con su modo de hablar, te dan a entender lo orgullosas que se sienten de haber sido capaces de compaginar el trabajo con el cuidado de la familia y de haber criado un par de hijos estupendos. Estuve sentada a su lado desde el primer día (y, de no haber dejado yo la empresa, seguro que habría seguido estándolo hasta el día de su jubilación), y ella aprovechaba los momentos en que estábamos a solas para hablarme. Parecía irritarla lo libre de preocupaciones que estaba yo, una mujer soltera que solo se dedicaba a su trabajo, y, entre suspiros, me soltaba parrafadas interminables sobre lo mucho que le costaba a ella sacar las cosas adelante y sobre lo fácil que era todo para alguien como yo. Cuando estaba presente alguna de las chicas jóvenes, se cuidaba mucho de hablar así y empezaba a tomarme el pelo para complacer a las demás.

Cuanto más en silencio trabajaba, cuanto más tiempo llevaba en aquel lugar, más a disgusto me sentía. Quizá les pareciera algo malo no rechazar nunca un trabajo o no retrasarse en la fecha de entrega, porque llegué a sorprender a dos chicas recién llegadas, unos diez años más jóvenes que

yo, diciendo: «Es que esa va de buena persona, ¿sabes?», «Claro. Esa se mata a trabajar porque no tiene otro sitio adonde ir. ¿Se divertirá alguna vez?». Pero es que yo no podía entenderlo. ¿En qué se suponía que consistía la diversión? En caso de que no me apeteciera hacer un trabajo, ¿cuál era la manera correcta de rechazarlo? En cuanto empezaba a darle vueltas, acababa perdiendo de vista lo que quería y volvía al punto de partida, incapaz de actuar. Y con respecto a no tener otro lugar adonde ir ni tener ninguna ilusión en la vida, pues es posible que tuvieran razón.

—Es que, por lo visto, la persona que se encargaba de ese trabajo los ha dejado plantados y me han preguntado si no tenía a nadie que pudiera empezar enseguida.

Fue entonces cuando Kyōko me llamó.

Como hacía muchos años que no la veía, y no hace falta decir que era la primera vez que me telefoneaba, al principio no acabé de entender de qué iba el asunto, pero, como decía que era urgente, quedamos en vernos y hablar el fin de semana siguiente.

Kyōko era una editora que había trabajado durante mucho tiempo en mi empresa, pero se había ido unos años después de que entrara yo y ahora dirigía una empresa de producción editorial.

—Pues ya ves. Empecé a coger trabajillos extras y, al final, han acabado siendo tantos que ahora hago de todo. Tengo a varias personas contratadas, ¿sabes? Y hacemos reportajes, trabajos de edición, de diseño, de escritura... Vamos, que a estas alturas ni yo misma sé qué tipo de empresa tengo.

Tras decir eso, soltó una carcajada. Recordaba muy bien el sonido de su risa y la sensación que me había provocado en el pasado. Además, al oír cómo pronunciaba mi nombre, «Irie-san», con su peculiar acento, sentí, no sé por qué, una punzada de nostalgia.

Cuando entró en la cafetería donde nos habíamos citado, me sorprendió ver lo mucho que había engordado, tanto que me costó reconocerla; pero su rostro, cuidadosamente maquillado, tenía una vivacidad que la hacía parecer mucho más joven que antes. En la época en que trabajábamos juntas, yo tenía veintidós años y ella debía de estar por los treinta y dos, de modo que ahora ya debía de rondar los cuarenta. Tenía las arrugas (y otros signos) propios de la edad, por supuesto, pero, a pesar de ello, ofrecía una impresión fresca y llena de vida.

Mientras se subía las mangas de la fina chaqueta negra, que llevaba encima de una blusa blanca de apariencia muy suave, Kyōko dijo: «Qué calor hace hoy, ¿no?», y me miró de frente. Incapaz de sostener su mirada, desvié la vista, la fijé en un punto intermedio entre su mentón y el nacimien-

to de su cuello y empecé a escuchar, entre gestos afirmativos de cabeza, lo que me contaba.

—No sé cómo funcionan ahora las cosas por allá, pero he pensado que quizá tengas tiempo de hacer algún trabajo extra.

Kyōko me contó que una gran editorial con la que colaboraba estaba buscando correctores *freelance* y que se había acordado de mí. Tiempo atrás habíamos compartido una vez, casi por casualidad, un almuerzo con gente de la empresa, pero ni siquiera habíamos hablado a solas. Por más que hubiéramos trabajado en el mismo lugar, como yo siempre desempeñaba mis tareas en silencio, casi sin abrir la boca, me sorprendió que alguien que no había tenido ninguna relación conmigo se hubiese acordado de mí tantos años después. Más que alegría, eso me hizo sentir una extrañeza que, al final, derivó en inquietud.

—Podría emplearte en mi empresa, pero, en estos momentos, no me interesa aumentar la plantilla. En fin, que allí están buscando a alguien con experiencia.

Kyōko me lo dijo mientras toqueteaba un gran anillo de plata que llevaba en el dedo índice. Por ambos lados del anillo sobresalía la carne. Con los ojos fijos en el dedo, yo iba tomando sorbos de té inglés y asintiendo, luego, con los labios cerrados. A medida que se enfriaba, el té iba adquiriendo un sabor polvoriento, áspero y amargo.

—Ya sé que estás ocupada con lo de la empre-

sa y no quiero forzarte, pero piensa que es una gran compañía y que te encargarían trabajos de manera constante. Además, también son bastante flexibles con los plazos. Se trataría de un empleo a tiempo parcial, de que les echaras una mano. De que les dedicaras parte de tu tiempo.

Que les dedicara parte de mi tiempo. Las palabras de Kyōko resonaron dentro de mi cabeza. Desde que trabajaba en la editorial había ido dejando gradualmente de ver la televisión porque me sentía angustiada cada vez que, en los subtítulos de la pantalla, descubría un error que no podía corregir. Tampoco leía ni escuchaba música. Ni tenía amigos con los que salir a comer o con quienes charlar largo y tendido por teléfono. Era excepcional que me llevara trabajo a casa porque durante la jornada laboral dejaba lista la consulta de datos y demás. Volvía a casa a las ocho como muy tarde y, en cuanto acababa de tomarme una cena ligera, ya no tenía nada más que hacer.

¿Cómo pasaba, noche tras noche, las horas antes de irme a la cama? ¿Con qué llenaba aquella ingente masa de tiempo antes de empezar a trabajar?

No consigo acordarme de nada. Lo único que recuerdo es un número infinito de caracteres regulares impresos ordenadamente sobre un papel blanco.

—Creo que podré... —le respondí tras una pausa.

Al oírlo, Kyōko abrió los ojos de par en par y, con una amplia sonrisa, me dio las gracias.

Mientras, yo permanecía con la cabeza baja mirando el dibujo de florecitas de la taza de té, ya vacía.

—¡Oh! ¡Qué bien! Ya sabes que si tienes algún problema puedes decírmelo enseguida, ¿vale? Sea lo que sea, en cualquier momento.

Sacó con gesto rápido una agenda de su cartera de vivo color naranja y, tras preguntarme la dirección de casa y mi correo electrónico, los fue apuntando ágilmente con un bolígrafo fino de plata.

—Creo que se pondrán en contacto contigo enseguida. Muchísimas gracias. Me has hecho un favor inmenso. Déjame que te lo agradezca, ¿eh? Yo también me pondré en contacto contigo dentro de poco.

Tras tomar el último sorbo de café que le quedaba en la taza, Kyōko dijo: «¿Vamos?». Las dos nos pusimos en pie y nos dirigimos hacia la salida de la cafetería. Cuando vio que me disponía a pagar mi parte, exclamó: «¡Oh, déjalo!», y me sonrió con aire incómodo. Yo le di las gracias con una inclinación de cabeza y volví a meter el monedero en la bolsa que llevaba colgada al hombro. «Estoy contenta de ver que estás tan bien», dijo volviéndose hacia mí, un poco por detrás de ella. Ajustó su paso al mío y, tras avanzar unos metros más, levantó la mano para parar un taxi, en el que mon-

tó mientras se despedía: «Entonces, cuento contigo. Si necesitas algo, llámame», y se fue.

Hijiri Ishikawa trabajaba en la gran editorial con la que Kyōko me había ofrecido colaborar. En concreto, pertenecía al departamento de corrección de aquella enorme empresa.

Ella revisaba textos, pero también hacía de enlace entre los correctores *freelance* y la producción externa, y la asignación de la mayor parte de las galeradas, manuscritos y documentos pasaba por sus manos.

Los asuntos de trabajo solíamos tratarlos en su mayor parte por correo electrónico, teléfono y servicio de mensajería, pero unos meses después de empezar a trabajar juntas, pasado ya el primer invierno, comenzó a llamarme con el menor pretexto, o sin pretexto alguno, para preguntarme cómo iba todo.

Vi a Hijiri por primera vez en una fiesta de Año Nuevo que se celebró, poco después de que Kyōko me ofreciera el trabajo, con la finalidad de que los correctores en plantilla y los colaboradores *freelance* pudieran conocerse y pasar un rato juntos. Tras clavar los ojos en la invitación que Kyōko me había enviado, me pasé más de tres días angustiada, dándole vueltas al asunto, antes de decidirme a asistir.

Hijiri llevaba el pelo corto hasta media oreja, teñido de un bonito color castaño. Iba maquillada con esmero. Era la primera vez que veía un rostro de facciones tan bien dibujadas, no en una revista, un póster o por la televisión, sino en vivo y de cerca. La envolvía una atmósfera especial, como si toda ella estuviera perfilada de un modo distinto a los demás. Parecía más luminosa y brillante que todo lo que la rodeaba.

Por lo visto, Hijiri tenía un carácter resuelto y era muy capaz de decir las cosas sin ambages a quien fuera, porque, hacia el final de la fiesta, por un asunto sin importancia, se enzarzó en una discusión con el editor que estaba a su lado y a quien acabó dejando sin argumentos. Sentada un par de asientos más allá, presencié toda la disputa, y recuerdo haber sentido una excitación inexplicable ante las palabras provocativas y certeras que salían de su boca, ante sus réplicas contundentes y, también, al ver cómo lograba dominar la situación y lanzaba, de vez en cuando, miradas rápidas y sonrisas a su alrededor cuando su oponente perdía los papeles y su tono se volvía más agresivo. Hijiri tenía una inteligencia rápida, era capaz de captar al vuelo el ambiente en cualquier situación, sabía soltar bromas ingeniosas y hacer reír a los demás... Era una mujer dotada de un montón de capacidades con las que yo no podía ni soñar, y me bastaron unas horas para descubrirlas, a pesar de que todas eran completamente ajenas a mí.

Hijiri y yo teníamos la misma edad y las dos procedíamos de la prefectura de Nagano, aunque de ciudades muy alejadas la una de la otra. Aparte de esas dos cosas y de que ambas éramos mujeres, no teníamos ningún punto en común, a pesar de lo cual ella fue muy amable conmigo.

Poco después de la fiesta de Año Nuevo, cuando empezamos a tratar temas concretos de trabajo, las dos tuvimos que quedar para la entrega de galleradas o para hacer alguna comprobación. En cada ocasión, yo estaba muy nerviosa, pero, desde el principio, ella siempre se comportó como si no se diera cuenta de nada y, poco a poco, fui descargando la tensión de mis hombros y me fui relajando. A partir de cierto momento, empezamos a hablar de otras cosas. Aunque yo hacía poco más que escuchar, Hijiri decía que yo era una persona divertida, y la verdad era que se reía, contenta. A veces le preguntaba en qué era divertida yo y, entonces, ella respondía: «¿En qué? ¡En todo!», y sonreía alegremente, sin tomarme en serio. Entonces, como yo no sabía qué decir, bajaba los ojos. Al verlo, Hijiri me decía: «No me hagas caso. A mí me pareces divertida y me lo paso muy bien contigo. Eso es lo que siento yo. Si tú no lo ves así, no pasa nada. No por eso tienes que deprimirte», y volvía a sonreír contenta. Yo no hablaba tanto como Hijiri, pero, a veces, me asombraba secretamente al darme cuenta de que me había divertido tanto que se me había pasado el tiempo volando.

Transcurrió un año desde que empezamos a vernos por asuntos profesionales y, en una de esas ocasiones, al acabar, Hijiri me preguntó cómo me iba en la editorial.

Le expliqué, con muchos rodeos, que el trabajo en sí me gustaba y que era justamente aquello lo que quería hacer, pero que no acababa de sentirme a gusto en la empresa. Cuando terminé con mis circunloquios, Hijiri me miró a los ojos, soltó un conciso: «¡Vaya!», y, después, las dos enmudecimos. Como Hijiri no decía nada y callaba con cara de estar pensando algo, me preocupé por si mis palabras le habían sonado a queja. ¿Y si ella se refería puramente al trabajo? De pronto, me sentí angustiada pensando que quizá solo había preguntado por las galeradas en las que estaba trabajando, o por mi agenda, y que yo, en cambio, le había salido con algo completamente distinto, con una historia que sonaba a queja sobre el ambiente de mi oficina, cosa que a ella no debía de importarle en absoluto, y que yo había metido la pata y que debía de haberla dejado atónita, o que quizá la había molestado... ¿Cómo podía hacerle entender que esa no era mi intención? No me sentía capaz de expresarme bien y ya había hablado más de la cuenta... ¿Cómo podía arreglarlo? Había enmudecido, indecisa, cuando oí que Hijiri decía: «Pues entonces podrías pasarte a *freelance*, ¿no?».

¿Cómo? Levanté la cabeza y la miré de frente. Ella prosiguió mientras se rascaba suavemente el rabillo del ojo con una uña esmaltada en un bonito color.

—Siendo *freelance*... Mira, no quiero hablar por hablar, porque no tengo ni idea de cuál es tu sueldo actual ni cuáles son las condiciones de tu seguro médico. Pero una persona que trabaje tan bien como tú puede hacer unos cuatro volúmenes enteros al mes y sacarse... pues unos trescientos mil yenes mensuales. Hay altibajos en la cantidad de trabajo, claro. Pero, sí, puede llegar muy bien a esta cantidad —dijo Hijiri mirándome fijamente a los ojos—. Y, a partir de ahí, depende de tu esfuerzo.

Sentí tanto alivio al ver que no la había molestado que me entraron ganas de suspirar, pero todo aquello de *freelance*, de los trescientos mil yenes al mes, de las oscilaciones de trabajo y, además, la valoración que había hecho de mí como «persona que trabaja tan bien»: todo aquel montón de palabras inesperadas que salían de boca de Hijiri me sumieron en la confusión más absoluta y volví a enmudecer.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Hijiri me lo preguntó mirándome fijamente, algo inclinada hacia mí. Como respuesta, asentí varias veces y repetí para mis adentros las palabras que acababa de pronunciar. «Correctora *freelance*.» Hijiri acababa de decirme que existía la posibili-

dad de que pudiera trabajar como correctora *freelance*. Convertir el trabajo que desempeñaba de forma paralela en mi actividad principal, hacerme *freelance* y dejar la empresa. Y, entonces, no tendría por qué ir a la editorial y podría hacer el trabajo a mi ritmo, tal como me pareciera a mí: eso era, ni más ni menos, lo que me decía Hijiri.

Vivir, a partir de entonces, trabajando como correctora *freelance* en casa. Me repetí esas palabras. Y, a pesar de que nunca había cruzado por mi mente la posibilidad de dejar la editorial y, menos aún, la idea de trabajar por mi cuenta, en cuanto me la susurré traducida en palabras, empezó a adquirir un peso y una resonancia increíblemente realistas, tanto que incluso llegué a pensar que aquel era, de base, el único camino a seguir y empecé a notar cómo mis mejillas enrojecían de excitación al haber descubierto algo que tanto me convenía.

Pensé en la empresa. Intenté evocar el ambiente. Dejando aparte la seguridad de tener un sitio adonde ir todos los días, ¿qué diablos me ofrecía aquel lugar? Me lo pregunté una vez más. La caja de cartón de dulces, siempre visible a mano derecha. El tazón de alguien. La pizarra cuyo blanco había pasado a gris. Las pantallas de los ordenadores. El dolor punzante en las sienes. Aquellas horas sin hablar con nadie, silenciosas, pero tan largas que acababan pareciendo un sueño oscuro y triste, interminable. La forma de los ojos de la gente del

trabajo. El repiqueteo de los teclados. Y, de vez en cuando, intercaladas entre imágenes similares, aparecían unas galeradas inmaculadas, atiborradas de letras recién impresas, esperando a que yo las leyese: su visión me ofrecía un poco de calidez, pero, al primer parpadeo, su blanca y luminosa faz se hundía de inmediato en las profundidades de aquel silencio que me era tan familiar.

Mis ingresos eran de tres millones doscientos mil yenes anuales.

Estar en la empresa tenía la ventaja de que me pagaban un sueldo solo con hacer el trabajo que me asignaban, pero, tal como Hijiri decía... Suponiendo que me llegaran periódicamente textos para corregir, no era descabellado pensar que, tal vez, pudiese vivir como *freelance*... Por fin la idea fue calando en mi mente. Pronto haría un año que había empezado el trabajo complementario y tanto el número de galeradas que me pasaban como los ingresos que recibía habían sido hasta entonces muy regulares y, por más que se tratara básicamente de hacer lo mismo que en la empresa, el hecho de poder enfrentarme a las galeradas a solas en casa, sin nadie más, y de poder ir analizando al detalle cada palabra, cada frase, dotaba al trabajo de un contenido completamente distinto.

—Ojalá pudiera. Eso... sería fantástico —dije como si hablara conmigo misma, y solté una risita.

No pretendía reírme, solo que no sabía qué cara poner: con aquella risa lo que estaba dando a

entender era que yo, en realidad, vivía aturdida sin pensar en nada. Sentí que oscuras olas embestían mi pecho y me enjugué, una vez tras otra, la punta de los dedos con el *oshibori*.*

—De hecho, hay muchos correctores *freelance*, ¿sabes? —dijo Hijiri con voz alegre—. Incluso hay gente que lleva más de veinte años haciéndolo.

—¿Veinte años? —repetí.

—Pues sí. Veinte años —sonrió Hijiri.

—Ya... Pero lo que pasa es que no sabes si vas a tener trabajo todos los meses... Es decir, que no hay ninguna garantía ni nada por el estilo. Porque no la hay, claro...

Había tenido que armarme de valor para decirlo, porque no sabía cómo se lo iba a tomar Hijiri, y eso me inquietaba aún más. Entonces ella, dejando mis preocupaciones a un lado, adoptó una expresión grave, me clavó los ojos y dijo: «Sí, claro. Esa es la cuestión fundamental». Acto seguido, asintió con un enérgico movimiento de la cabeza.

—Como es lógico, mi empresa edita libros todos los meses y, aunque no puedo prometértelos todos, mi jefa de departamento valora mucho tu trabajo. Tanto que suele decir que ojalá pudieras hacer más, ¿sabes? Esa es la verdad. Vamos, que si te hicieras *freelance* y te encargaras de más

* Toallita refrescante, caliente o fría, que suelen ofrecer en restaurantes o cafeterías antes de servir la consumición. (N. de la t.)

galeradas, a nosotros nos harías un gran favor. Y lo que te estoy diciendo es una realidad.

—¿Ah, sí? —Perpleja, miré a Hijiri a la cara.

—Pues sí. —Ella subió un poco la voz como si, de esa forma, quisiera ahuyentar mis inquietudes.

—¿Ah, sí? —repetí, y lancé un suspiro. Después, ya con la expresión más distendida, logré reír, ahora con naturalidad.

—¿Sabes? A mí me gusta la gente que trabaja de forma que pueda confiar en ella —añadió Hijiri tras una pausa.

—¿Confiar?

—Sí, exacto. Confiar —dijo y, luego, sonrió alegremente—. Que es algo distinto de *fiarte*. ¿Cómo te lo diría? Ya lo indica el «con-» de la palabra, ¿no? *Confiar*. En un sentido más amplio.

Asentí.

—Eso de fiarte, como lo de la fianza de un piso o algo parecido, implica tener interés en algo concreto... Ay, no sé... Fiarse puede ser algo unidireccional o no serlo, ¿verdad? Así que, ¿cómo te lo diría?... Es como si la otra parte no existiera. Vamos, que yo me fío ahora de algo, pero puede ser que más adelante, a la mínima, por lo que sea, deje de poder fiarme de ese algo en concreto.

—Ya —dije.

—Visto así, lo de fiarse no es gran cosa. A la que cambia la situación, o los intereses, lo de fiarse se va al traste. Pero la confianza, en cambio, yo la veo como algo distinto. Tiene una base más sólida.

Fiarse de alguien no es lo mismo que confiar en alguien. Para mí, confiar significa que yo le doy algo a alguien en la medida en que me ha demostrado algo. Al menos, así lo siento yo.

Mientras hablaba, se rascaba detrás de la oreja.

—Y yo, una vez confío en alguien, sigo haciéndolo siempre. Esa confianza ya no desaparece.

Asentí en silencio.

—No sé... Así es como yo lo veo. Y, además, ¿sabes?, para mí, la confianza no nace del cariño, del enamoramiento, del amor ni de nada por el estilo... A mis ojos, lo definitivo, lo que me hace sentir confianza hacia alguien, es la actitud que tiene ese alguien frente al trabajo.

—¿La actitud frente al trabajo? —repetí.

—Sí. Su actitud. Su actitud frente al trabajo. Porque ahí se refleja todo. Cómo es una persona en general. Al menos yo lo veo así.

—¿Quieres decir si es responsable... y otras cosas por el estilo? —le pregunté.

—Sí. —Hijiri se quedó unos instantes reflexionando con la mirada clavada en el techo y, después, asintió varias veces con la cabeza—. Simplificando, vendría a ser eso. Y en lo del trabajo, ¿sabes?, entran tanto las tareas de la casa como estar en la caja de un supermercado, hacer pequeñas inversiones diarias en la Bolsa o ser obrero. No importa qué tipo de actividad hagas ni tampoco si, haciéndola, obtienes algún beneficio. Porque el resultado depende de la suerte, y eso puede cambiar mucho según las

circunstancias. Puedes lograr que los demás vean algo tal como a ti te conviene. A los demás puedes engañarlos. Pero tú misma eres la única persona a la que no puedes mentirle. Y lo que importa es la manera en que te tomas el trabajo en tu vida diaria, qué respeto te merece, cuánto esfuerzo le estás dedicando. O le has dedicado ya. Yo tengo confianza en las personas que afrontan su trabajo de esa forma... Todo esto que te estoy diciendo pueden parecer tonterías de otra época, pero bueno, así es como lo veo yo.

—Y eso... —dije tras asentir varias veces con la cabeza—. Eso... ¿en qué lo ves?

—Pues eso se nota enseguida a la que tratas un poco a alguien, en cuanto hablas con ese alguien y ves su trabajo —sonrió Hijiri.

—Ah. Y tú, ¿eso lo ves?

—Sí, claro.

Levantó las comisuras de los labios y me miró como si quisiera decir que era obvio.

—A mí solo me gustan esa clase de personas.

Hijiri prosiguió, sonriendo alegremente:

—Y cuando me encuentro con alguien así y me gusta, me fío mucho de mis propios sentimientos, ¿sabes? No sé si se trata de gustar o de querer... Porque, en realidad, no es que haya pensado mucho en el amor o en cosas de ese tipo... Pero lo que queda al final, lo que no cambia o no se desvanece a la mínima, lo que dura, en definitiva, es la confianza.